

—Sea,—dijo Bartolomé, cediendo á la presion de las circunstancias.

Y les designó un lugar en la Vega, donde podian ser útiles estorbando la comunicacion entre los indios sometidos y los rebeldes.

Roldan manifestó obedecer; pero convencido de que en aquel paraje no habia viveres bastantes para su gente, partió resuelto á buscar otro sitio más á propósito para vivir con la independenciam que necesitaba en tanto que llegaba un nuevo gobernador, porque en vista de la tardanza del almirante no dudaba que habria sido relevado.

Capítulo LXV.

Un hombre desalmado.

La pintura que habian hecho del departamento de Xaragua los españoles que habian acompañado al adelantado para negociar el tributo primero, y despues para cobrarle, le inspiraron á Roldan el pensamiento de encaminarse con los suyos á aquella provincia, con el objeto de someterla y de establecer en ella una colonia en que hacerse fuerte contra el adelantado.

Otro motivo obligaba á aquel hombre á querer apoderarse de Xaragua.

Sabia que reinaba en aquella hermosa provincia la reina Anacaona.

Licencioso en extremo, habia querido, al acompañarla á las órdenes de Hernando de Guevara, seducirla; pero le habia sido imposible llevar á cabo su

infame plan, y desde entonces no había olvidado la hermosura de aquella mujer, aguijoneándole, para llevar á cabo la empresa que propuso á sus compañeros, el deseo de saciar su menguado apetito.

—Vamos, vamos á esa provincia,—dijo á los suyos;—aún no está sometida á los españoles, y si nos pagan tributo, si amistosamente podemos subyugarla, ya habeis oido las delicias que allí nos esperan. Los campos son más fértiles que en ninguna otra parte. Cristalinos arroyos serpentean por las verdes praderas; cómodas chozas, á las que libran de los rayos del sol las espesas ramas de los árboles, nos ofrecen delicioso descanso. Las indias son hermosas: obligaremos á los indios á que nos sirvan como esclavos, y ellas serán nuestras mancebas. Xaragua será nuestro paraíso, y una vez en poder de la provincia, podremos vivir en ella independientes y tratar de igual á igual con el mismo almirante si volviese.

Estas circunstancias no podían ménos de hacer meli en aquella gente licenciosa, y todos se manifestaron resueltos á seguir á Roldan en aquella empresa.

—Para ir á apoderarnos de ese departamento,—dijo Roldan,—necesitamos, ante todo, poseer siquiera una de las dos carabelas que hay en la playa de la Isabela; es necesario caer de pronto sobre la colonia, sorprender á don Diego Colon, lanzar al agua la carabela, trasladarnos en ella á la costa del Xaragua, y para llevar á cabo este plan, no hay tiempo que perder. ¿Estais resueltos á seguirme?

—Todos te seguiremos,—exclamaron, entusiasmándose ante la idea de las soñadas felicidades que les esperaban al realizar su plan.

Sin detenerse, y aprovechándose de la ausencia del adelantado, llegó Roldan con los suyos á la Isabela, entró por sorpresa en la ciudad, llegó á la playa con los suyos, y sin consultar á nadie, y en medio del asombro de los colonos, que se apercibieron de su llegada y de sus designios, hicieron los mayores esfuerzos para arrojar el buque al agua.

El rumor del tumulto llegó á oídos de Diego Colon, el cual inmediatamente envió á los sublevados un emisario para que les intimara la rendición.

El emisario fué desoído, y entonces Diego Colon, con las personas más caracterizadas de la colonia y algunos misioneros, llegó hasta la playa con el objeto de contener á los sublevados.

Los ruegos, las amenazas fueron inútiles.

Ebrios con la esperanza de los gozes que se prometian, tomaron una actitud amenazadora y no tuvo más remedio Diego Colon que retirarse con los suyos á la fortaleza de la Isabela para evitar una lucha que podia serles funesta.

La fortaleza era de difícil acceso.

Roldan celebró una conferencia con Diego Colon para ver si aquel le proporcionaba los prácticos necesarios para lanzar el buque al agua.

—Nuestras quejas,—le dijo,—se refieren únicamente á vuestro hermano. Dispuestos estamos á respetaros, y yo por mi parte muy decidido á entrega-

ros el mando de la insurreccion si os unís con nosotros y os oponéis á la tiránica conducta de don Bartolomé.

Escandalizado Diego al oír esta proposicion, la rechazó con energía y le intimó de nuevo á que se rindiera.

Roldan, dispuesto á jugar el todo por el todo, volvió de nuevo á la playa, hizo los mayores esfuerzos para que zarparse el buque, y no pudiendo conseguirlo, trató de asaltar la fortaleza.

No lo logró tampoco, y ya desesperado:

—De todos modos,—dijo á los suyos,—necesitamos ir á Xaragua; pero no podemos salir de aquí sin víveres. La causa que defendemos es noble. Corramos á forzar la puerta de los almacenes reales, y proveámonos de armas, municiones, víveres y cuanto necesitemos para llevar á cabo nuestra empresa. ¡Viva el rey!—gritó.

Todos respondieron á este grito.

—Seguidme,—dijo.

Y precipitándose con los suyos á los almacenes, derribó la puerta, penetró en ellos, se apoderó de las provisiones, vestuario, etc.; llegó al cercado en donde se encerraban las reses, tomó gran número de ellas, permitió á los suyos que matasen las suficientes para comer aquel día, y partió de la Isabela con direccion á la provincia de Xaragua.

Partió tan pronto, porque temía que de un momento á otro llegase el adelantado, y evitaba una lucha con él, porque era un hombre valeroso que sabia

comunicar su denuedo á los que le seguian á los combates.

Esta consideracion le detuvo.

Si se encaminaba á Xaragua y tenia que luchar con los indios para apoderarse de la provincia, y al mismo tiempo por retaguardia le hallaba el adelantado con las tropas leales, podian correr él y los suyos un gran peligro.

Animado por los fáciles triunfos que habia conseguido, expuso sus temores á sus compañeros y les dijo:

—Todo cuanto intentemos será inútil sin haber destruido ántes á Bartolomé Colon: en vez de encaminarnos á Xaragua, volvamos de nuevo á la Vega, sitiemos la fortaleza de la Concepcion, empleemos todos nuestros recursos en seducir á la guarnicion del fuerte, en apoderarnos del adelantado, y cuando esté en nuestro poder nada más fácil que conseguir nuestros deseos.

La soldadesca que le acompañaba creyó fácil aquel nuevo triunfo, y partió con Roldan á los alrededores de la Concepcion, dispuesto á dar allí su primera batalla y á convertirla en su primera victoria.

Bartolomé habia enviado detrás de los rebeldes á algunos de los soldados, en quienes tenia plena confianza, para que los explorasen y le comunicasen sus intenciones.

Sabia, pues, todo lo que habia pasado y conoció sus últimos planes.

No ignoraba que el principal deseo de los rebeldes era matarle.

Podía muy bien salir al campo á darles una batalla con las tropas que estaban á sus órdenes.

No tenía gran confianza en su fidelidad, y como no podía satisfacer sus necesidades, como vivían en la escasez, en tanto que los insurrectos, por haberse apoderado de los almacenes, se entregaban diariamente á opíparos festines, temía que para participar de los mismos beneficios le abandonasen en el momento de salir de la fortaleza, y se mantuvo en ella.

¡Triste condicion de los grandes capitanes!

De nada sirve su valor, su entereza, su energía, su pericia, su sagacidad, si á la unidad importante que representan no unen ese considerable número de céros que necesitan para que alcance el triunfo sus relevantes cualidades.

En esos momentos el gigante tiene que convertirse en pigmeo.

El valeroso caudillo se veía obligado á doblegarse á los malos instintos de la menguada gente que le servía, y tenía que comprar con dádivas, no con promesas, una fidelidad que no sé por qué se le dá este nombre, pero sí que es indispensable para conseguir su cooperacion.

Ofreció el adelantado á los suyos, no sólo más independenciam, más libertad, sino grandes premios en el momento en que sometiesen á los rebeldes.

Estas esperanzas por un lado, y por otro la causa que defendían, que era la del gobierno, la de las leyes, les impulsaron á mantenerse fieles y á desoir las

promesas que para seducirlos le hacían con insistencia los agentes de Roldan.

Tuvo que renunciar á apoderarse de la fortaleza y al concurso de los soldados que obedecían á Bartolomé.

Pero resuelto á toda costa á debilitar su influencia y á contrarrestar su poderío, se proclamó con el concurso de los suyos tan jefe de la isla como el adelantado; declaró solemnemente que se había separado de él por que con su carácter vengativo y sus abusos de autoridad ponía en peligro la vida de los españoles y los intereses de sus soberanos; se mostró indignado por que una familia de extranjeros subyugase de aquella manera á los españoles, y buscó la amistad de los caciques, la cual obtuvo, ofreciéndoles él en cambio relevarles del pago del tributo.